

CASI NUEVOS Y ELEGANTES

Seudónimo: *PASEANTE DE ADARVES*

Allí estaban, sucios y descuidados, mirándole desde el fondo del armario. Con un gesto de disgusto, los retiró de allí con intención de deshacerse de ellos más adelante.

Pablo tiene 19 años. Acaba de llegar a la ciudad para estudiar derecho. Como no conoce a nadie en ella ni sus padres pueden permitirse otros lujos, se va a alojar, al menos durante el primer curso, en la casa de huéspedes de Doña Vicenta. Se ha presentado a primera hora de la tarde y está deshaciendo la maleta.

Doña Vicenta está contenta con este nuevo huésped. Un joven bien parecido, formal y que, sobre todo, le ha pagado el primer mes por adelantado. Le ha dejado la habitación que hasta final de agosto ocupó el tal Michel, un hombre esquivo que, Dios sabe por qué, tuvo que abandonar la ciudad precipitadamente. Ella se imagina muchas cosas, todas malas, claro, y mira de vez en cuando a Rosaura por encima de las gafas convencida de que esa mala pécora algo tuvo que ver con todo eso.

Rosaura ya se acerca a los 35 años. Aún no ha perdido la hermosura de una juventud que poco a poco está dejando de serlo pero, desde hace un mes, anda como ensoñada en sus adentros. Trabaja como secretaria en un pequeño negocio de reparación de automóviles y llegó a la casa de Doña Vicenta hace 4 meses. Odia a la dueña, sobre todo cuando la mira de aquella manera maliciosa y está deseando huir de allí, a poco que consiga algo más de dinero para poder cambiar de vida. También odia a Don Valeriano, el huésped sempiterno y omnipresente de la casa, del que desconfía de día y de noche. ¿Quién sabe si lleva en el hostel más tiempo que Doña Vicenta? La ocurrencia le obliga a torcer el gesto en un amago de sonrisa. La mirada torva de la dueña de la casa la vuelve a llevar a sus pensamientos nunca compartidos. Quizá el nuevo joven...

Don Valeriano se considera a sí mismo un hombre muy serio. Cumplidos de largo los tres cuartos de siglo, lleva viviendo en el hostel casi 20 años. Su vida es muy simple: paga la pensión con parte de su jubilación y dedica los días a pasear y a observar a los demás. Tiene suficiente con ello. Come sólo lo necesario, se acuesta

pronto y habla mucho menos que lo justo. Sabe que no es muy querido por sus compañeros de fonda, pero esto no le preocupa nada. Él tiene otras cosas en qué pensar.

—Doña Vicenta: he encontrado un par de zapatos en mi armario. Los he limpiado por encima para que los guarde, por si los reclama el anterior inquilino.

Rosaura y Don Valeriano levantaron la cabeza a la vez. Ambos miraron muy serios a Pablo; Rosaura con la boca medio abierta.

—Gracias, hijo, pero no creo que aquel rufián vuelva por aquí, entre otras cosas porque me debe dos semanas de renta... ¿Sabes de qué número son?

—Exactamente del mío. Me he fijado mientras los pulía.

—Pues entonces, pierde cuidado, hijo. Quédatelos para ti. Parecen casi nuevos y son muy elegantes. Piensa que es un regalo de la casa.

—Pues no sé qué decir. Muchas gracias, así lo haré.

Esa noche, Don Valeriano cenó menos que de costumbre y Rosaura parecía más ausente que nunca. Pablo lo hizo con ganas y Doña Vicenta estaba muy satisfecha con su prodigalidad.

No ha pasado más que una semana desde la llegada de Pablo y Doña Vicenta vuelve a recuperar fantasmas del reciente pasado. No puede estar segura, nunca lo está, pero de nuevo no le salen las cuentas: juraría que, otra vez, le faltan dos cucharillas de café y, ahora, el nuevo exprimidor. Antes de la huida de Michel, fueron otras pequeñas cosas: menaje menudo, ropa, las vueltas de la compra y hasta el mando del televisor. No sabe qué pensar pero, por prudencia, prefiere no sacar el tema delante de sus huéspedes. No merece la pena montar un escándalo ante gente que paga bien y, ésta es la verdad, la mantienen económicamente. No es tan fácil encontrar nuevos inquilinos hoy en día. Está a punto de acabar de hacer la cena y ha de poner la mesa.

La llegada de Pablo ha supuesto un cambio agradable en la casa. Doña Vicenta ha variado algo el menú habitual (anteayer, que fue domingo, puso langostinos), Don Valeriano ha mantenido un par de conversaciones, a su modo largas, con el joven estudiante dándole varios consejos, y Rosaura ha cambiado de color de uñas y ahora se maquilla un poquito más.

Las cenas son más prolongadas y suelen concluir con una amena tertulia entre cuatro personas muy diferentes entre sí. Puede decirse que reina un buen ambiente.

Hasta una noche, en que justo antes de despedirse, Pablo preguntó:

—Disculpe, Doña Vicenta. ¿No habrá usted cogido los zapatos nuevos que me encontré al llegar? Es que no los encuentro en mi habitación.

La punzada fue muy aguda y todos la acusaron. La dueña cerró los ojos, se mordió los labios y decidió no abrirlos. El viejo carraspeaba y miraba al techo frotándose la barbilla. A Rosaura se le corrió el carmín.

—Bueno, no pasa nada, ya aparecerán —dijo despreocupadamente Pablo dirigiéndose a su cuarto y sonriendo a todos—. ¡Hasta mañana!

En su habitación, la joven secretaria urdía tramas imposibles y desconfiaba de todos, también del crío nuevo que tan bien sabía comportarse. ¿Qué le habría traído hasta aquí? ¿Por qué le hacía tan poco caso?

En la suya, Don Valeriano apuraba en silencio la pipa que acostumbra fumar antes de acostarse, sin saber qué hacer a partir del día siguiente. ¿Daría un paso adelante? ¿Se estaba equivocando ante la aparente inocencia del muchacho? ¿Qué hacía él en esta casa?

Doña Vicenta no podía dormir. En sus pesadillas, veía cucharillas que cambiaban de armario cada noche, a Michel que vendía zapatos de colores en su salón y a Pablito llamándole «padre». En el enésimo sobresalto, le dio por pensar: ¿quién es el nuevo huésped?

La mañana llegó perezosa, sin prisas, como lo suele hacer en los primeros días del otoño. Doña Vicenta, envuelta en una bata de esas antiguas que gasta por no hacerlo en otras prendas que más la favorecerían, se quedó de piedra al abrir el balcón que da a la plaza y ver los zapatos de Pablo en un rincón, con las puntas asomando por debajo del barrote inferior. Sin saber qué pensar, los cogió aturdida ya no por el sueño, sino por la sorpresa, y corrió con ellos hasta la cocina al oír el carraspeo de algún inquilino que se disponía a salir de su cuarto para desayunar. Debía de ser Don Valeriano, pensó...

Éste, frente al espejo, acabándose de abrochar los botones de la camisa y atusándose el pelo que aún conservaba, tomó aire de nuevo y tornó a pensar: «Sí, he hecho bien en devolver los zapatos, pero ha ido de a poco. Esta vez, me he arriesgado mucho. Para la próxima, he de pensar más despacio y no cometer errores».

Rosaura se levantó contenta. Había cambiado de planes durante la noche y confiaba en ellos. Se aplicó colorete antes del desayuno.

En el mismo, la dueña de la pensión no tuvo más remedio que anunciar:

—Pablo. Tus zapatos estaban en el balcón. Los he encontrado por la mañana. ¿Los dejaste tú allí?

—No.

—Bueno, no sé... En fin, aquí los tienes, hijo.

Se produjo un silencio un poco extraño, que nadie sabía cómo romper.

—Bien. No sé si esto es una broma, señores. No me gustan las bromas.

Otro.

—Si me permiten, les dejo. Hoy mis clases empiezan antes. Buenos días.

La reserva de Don Valeriano, las ensoñaciones de Rosaura y los recelos de Doña Vicenta volvieron a llenar el salón tras abandonarlo Pablo, igual que antes de que éste llegara a la casa.

Muchas mujeres, cuando pasan de cierta edad y los alicientes de su vida se limitan a intentar sortear una rutina que no depende de ellas, se vuelven excesivamente curiosas. Les pasa también a muchos hombres. Doña Vicenta es una de ellas. Tan sólo dos días después del incidente del desayuno, se vio empujada a apropiarse de los zapatos que por las mañanas veía ordenaditos debajo de la cama de Pablo cuando hacía su habitación. Tampoco hacía mal a nadie, pensó. Sólo quería retenerlos junto a sí y descubrir qué es lo que tenían de especial para levantar tal torbellino de pasiones mal disimuladas. Les dio vueltas y más vueltas, observando cada detalle: material de buena calidad, diseño elegante pero no exclusivo, casi nuevos aunque con las suelas

ligeramente desgastadas... Nada fuera de lo corriente. ¿Por qué no quedárselos un día más? Al fin y al cabo, aunque se los había regalado al niño, no eran de nadie; más bien eran suyos, porque Michel, ella no lo olvidaba, le seguía debiendo dos semanas de renta.

Aquella noche fue difícil. Durante la cena, la cara de Pablo mostraba una dureza impropia de un joven de su edad; sus ojos miraban alternativamente a sus compañeros con una frialdad penetrante que quería atravesar sospechas y realidades. Todos notaban la tensión. Sobró postre.

—Hoy, me han vuelto a desaparecer los zapatos. Ustedes son tres, no hay más gente en esta fonducha. ¿Alguien me puede explicar lo que está pasando?

—Bueno, el otro día —comenzó a decir Don Valeriano— parece que hubo un error...

—No me fastidie, abuelo. Cállese. Estoy harto. Doña Vicenta, ¿no los habrá usted cogido por casualidad para limpiarlos a la hora de hacer mi habitación?

La pobre no tuvo más remedio que claudicar.

—Sí, bueno, verás, hijo... Pensaba que te haría un favor al hacerlo. Hago lo mismo con los otros huéspedes, ¿sabes? Todo lo que yo pueda ayudar...

—¿También lo hace con mi ropa interior? —saltó enfurecida Rosaura—. ¡Hace dos meses que echo en falta varias prendas íntimas! ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Qué va recogiendo las pertenencias de cada uno de nosotros para hacer la colada? ¿En eso mata las horas libres encerrada en esta casa miserable? —le daban tarascadas en el corazón al acabar cada frase y le rilaba el labio inferior al concluir su alegato.

—Yo —pronunció despacio Don Valeriano, mirando al techo— he perdido un libro de fotografías de la naturaleza salvaje. Hace quince días. No sé dónde pueda parar.

—Le pido, Doña Vicenta, que me devuelva mis zapatos ahora mismo.

Así lo hizo ella, avergonzada como nunca lo había estado en su vida.

—Y le ruego que, a partir de ahora, no entre en mi habitación. Yo mismo la limpiaré, cambiaré las sábanas y haré lo que sea necesario. Y lo mismo les digo a ustedes. ¡Buenas noches!

Muchas veces, una buena tormenta sirve para despejar el ambiente. Así ocurrió en la pensión de Doña Vicenta durante un par de semanas. Ésta dio una tregua a sus pensamientos envenenados y, más discretamente que nunca, se dedicó a sus tareas de dueña, intentando contentar a sus inquilinos. Don Valeriano parecía más relajado y fumaba su pipa recostado en su sillón con las piernas cruzadas. Rosaura y Pablo empezaron a hacer buenas migas, dentro y fuera de la fonda: las más de las tardes, al salir de clase, él la esperaba en la puerta del taller y la invitaba a tomar un refresco. Y hablaban de sus cosas. Y se gustaban.

Por cierto, que el joven estudiante, posiblemente por la tozudez propia de una adolescencia recién abandonada, calzaba todos los días, desde aquella noche, sus zapatos nuevos que sólo se quitaba para dormir.

Una mañana, en el periódico local salió la foto de Michel y este titular: «*No se han encontrado pruebas incriminatorias contra Michel Du Fair, presunto traficante de joyas, que ha sido puesto en libertad tras su captura*». El artículo hablaba de su historial delictivo y de sus últimas supuestas actuaciones en el mundo del hampa. Doña Vicenta dejó el diario abierto por esa página en la mesa del salón. Don Valeriano lo leyó con atención. Rosaura con una media sonrisa. Pablo no pasó del titular.

Tres días después, el mismo periódico abrió a cinco columnas con una noticia en donde la casa de Doña Vicenta era la protagonista. Decía así:

CRIMEN MÚLTIPLE EN UNA CASA DE HUÉSPEDES DE LA CIUDAD

Según confirman fuentes que se encargan del caso, en la tarde de ayer aparecieron cuatro cadáveres en el hostel de Doña Vicenta Márquez, sito en la plaza de España. Todas las víctimas fueron apuñaladas sin compasión.

El primero de ellos corresponde a Pablo Palomar, estudiante de 19 años, que fue encontrado muerto en su habitación vestido con ropa de calle y descalzo, probablemente asesinado nada más llegar de sus clases en la facultad de derecho.

El segundo es el de la dueña del hostel, de 63 años, que apareció bañado en un charco de sangre en la cocina, mientras, aparentemente, se ocupaba en preparar la cena. La puerta se hallaba cerrada.

El tercero pertenece a D. Valeriano Sansegundo, jubilado de 78 años de edad, que estaba acurrucado detrás de un sillón de orejas del salón de la fonda, en donde solía descansar.

El cuarto se ha identificado con Michel Du Fair, del que dábamos cuenta hace unos días en nuestro periódico, y fue encontrado en otra habitación boca abajo, apuñalado por la espalda, completamente vestido y calzado. Al lado de sus restos, la policía ha encontrado un cuchillo de cocina ensangrentado y unos zapatos del número 42, a los que les faltaban las suelas. Los armarios estaban vacíos.

Una primera reconstrucción de los hechos, según ha logrado saber esta redacción, es la siguiente:

Michel Du Fair, conocido traficante de joyas que fue puesto en libertad esta misma semana por falta de pruebas, regresó a la pensión donde había estado viviendo el último año para reencontrarse con su amante, Rosaura Gago. Se cree que entre los dos asesinaron a sangre fría a Don Valeriano y a la dueña de la casa, a la espera de la llegada del estudiante, al que, una vez recogido en su cuarto, apuñalaron y quitaron los zapatos que calzaba.

Ya en la habitación de ella, lo más probable es que, buscando algo oculto en las suelas de los zapatos del joven y tras encontrarlo, Rosaura se deshiciera de su amante asestándole varias cuchilladas mortales en la espalda. Tras recoger sus pertenencias, huyó, debiendo de guardar en la maleta las dos suelas que alojaban, según fuentes de la investigación, joyas históricas valoradas en más de cinco millones de euros.

Como sórdido contrapunto a esta tragedia, en el fondo del armario de Don Valeriano, junto a docenas de libros hurtados en librerías de viejo de la ciudad, aparecieron varias bolsas de basura que contenían un sinnúmero de pequeños objetos acumulados durante muchos años, como cucharillas, ceniceros, piezas de menaje, pequeños electrodomésticos, ropa íntima de mujer, zapatos de quién sabe cuántos compañeros de fonda y hasta el mando a distancia del televisor de la casa.